

cede esto de que el islamismo es una de las religiones más compatibles con los descubrimientos de la ciencia, al mismo tiempo que una de las más aptas para suavizar las costumbres, y hacer practicar la caridad, la justicia y tolerancia. La concepción del budhismo es filosóficamente muy superior sin duda á la concepción de las religiones semíticas; pero no ha podido estar al alcance de las masas sino trasformándose de un modo completo; y en esta forma modificada es indudablemente inferior al islamismo.

La civilización creada por los discípulos de Mahoma tuvo la suerte de todas las que han vivido en la tierra: nació, creció, declinó y murió; uniéndose en el polvo con las que la precedieron. Pero el tiempo ha respetado los dogmas del profeta, y hoy en día su influencia vive tanto como en su mejor época; y mientras otras religiones, mucho más antiguas, pierden cada día algo de su imperio en las almas, la ley de Mahoma lo conserva íntegro.

El islamismo cuenta hoy más de 100 millones de discípulos en el mundo; se le profesa en Arabia, Egipto, Siria, Palestina, Asia menor, en gran parte de la India, de Rusia y China, y finalmente casi en toda Africa, hasta bajo el Ecuador.

Los pueblos diversos que tienen por ley el Corán están unidos unos á otros por la comunidad de la lengua y por las relaciones que se establecen entre los peregrinos que cada año van á la Meca, procedentes de todos los puntos del orbe mahometano. En efecto, todos los sectarios de Mahoma tienen el deber de leer más ó menos el Corán en árabe; y así cabe decir que esta lengua es quizá la más conocida en toda la haz de la tierra. Aunque los pueblos mahometanos pertenezcan á razas diferentes, hay entre ellos lazos tan fuertes, que sería fácil juntarlos en un momento dado bajo la misma bandera.

La rapidez prodigiosa con que el Corán se propagó ha asombrado siempre á los historiadores hostiles á la religión que enseña; los cuales no han sabido explicarlo sino diciendo que era debida á la moral relajada de Mahoma y al empleo de la fuerza: pero sería fácil demostrar que estas explicaciones carecen hasta del más ligero fundamento.

Basta leer el Corán para convencerse de que su moral es tan severa como la de las demás religiones; y aunque acepta la poligamia, como estaba ya en uso en todos los pueblos orientales, mucho antes de Mahoma, los que adoptaban el Corán no hallaban respecto á esto ninguna ventaja nueva.

El argumento sacado de la inferioridad de la moral mahometana ha sido ya refutado largo tiempo há, particularmente por el filósofo Bayle, quien, después de haber demostrado que las reglas del profeta sobre el ayuno, la privación del vino y los preceptos morales son mucho más duras que las cristianas, añade:

«Se ilusiona pues quien pretende que la ley de Mahoma no se extendió con tanta prontitud y extensión, sino porque libraba al hombre del yugo de las buenas obras y de las observancias penosas, permitiéndole seguir las malas costumbres. Hottinger nos da una larga lista de los aforismos morales, ó de los apotegmas de los mahometanos, y cabe decir, sin lisonjear esta religión, que los mejores preceptos que pueden darse á un hombre para seguir la verdad y apartarse del vicio están contenidos en aquella lista.»

Hace el autor observar en seguida que los placeres que Mahoma promete á sus discípulos en el paraíso no son de ningún modo superiores á los del paraíso cristiano, pues el Evangelio habla de él «como de un estado, cuyas delicias sobrepujan todo lo que los ojos vieron.»

Cuando estudiemos las conquistas árabes, y tratemos de poner en relieve las causas que han determinado sus triunfos, veremos que la fuerza no tuvo ninguna parte en la propagación del Corán, pues los Arabes dejaron siempre á los vencidos el derecho de conservar su religión (1); y si hubo pueblos cristianos que se convirtieron á la de sus vencedores, llegando á

(1) Respecto á la tolerancia de los mahometanos con los cristianos y judíos. Hemos visto por los pasajes del Corán, más arriba citados, que Mahoma muestra una excesiva tolerancia, muy rara entre los fundadores de religiones, por los cultos que habían precedido al suyo, como el judaísmo y el cristianismo particularmente; y veremos más adelante cuán escrupulosamente cumplieron sus sucesores esas prescripciones. Esta tolerancia ha sido reconocida por los pocos escritores escépticos ó creyentes que han podido estudiar seriamente y en buenas fuentes la historia de los Arabes. Las citas siguientes que tomamos de muchos de ellos demuestran que la opinión que exponemos sobre este punto no es exclusivamente nuestra.

«Los musulmanes son los únicos entusiastas que han unido el espíritu de tolerancia con el celo del proselitismo, y que, al tomar las armas para propagar la doctrina de su profeta, han permitido á los que no querían recibirla, seguir los principios de su culto.» (Robertson, *Historia de Carlos V.*)

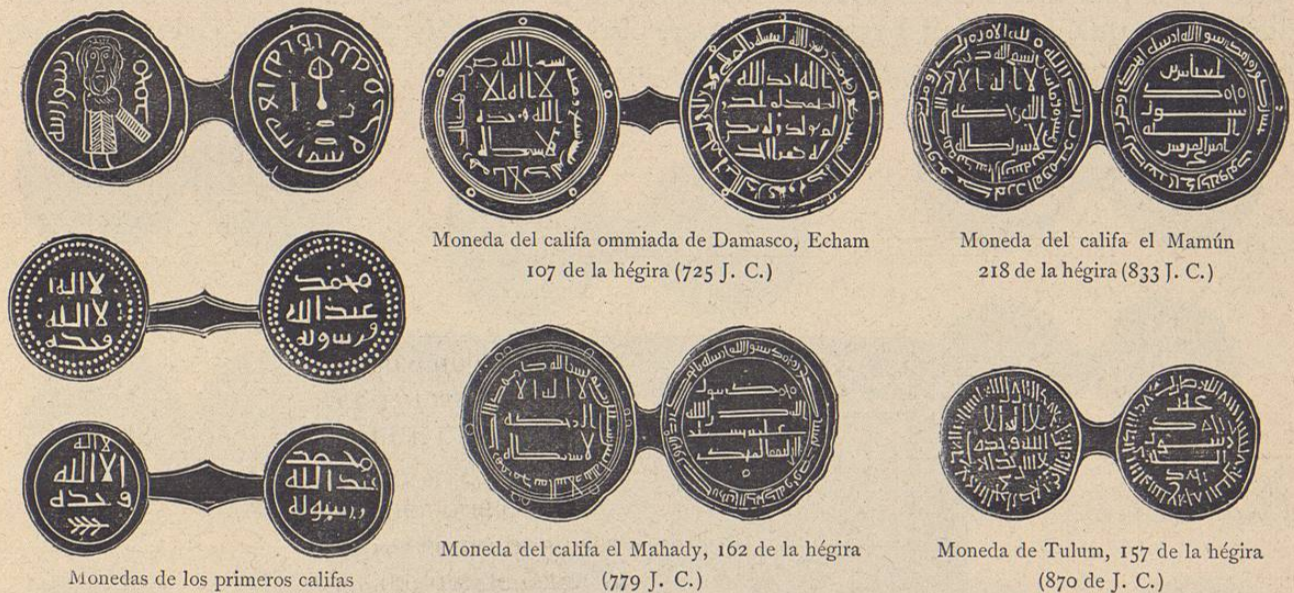
«El Corán, que manda combatir la religión con la espada, es tolerante con los religiosos; y ha eximido de contribuciones á los patriarcas, á los frailes y á sus servidores. Mahoma prohibió especialmente á sus tenientes matar á los frailes, porque son hombres de oración. Cuando Omar se apoderó de Jerusalén, ningún daño hizo á los cristianos. Pero cuando los cruzados se hicieron dueños de la ciudad santa degollaron sin piedad á los musulmanes, y quemaron á los judíos.» (Michaud, *Historia de las Cruzadas.*)

«Es triste para las naciones cristianas que la tolerancia religiosa, que es la gran ley de caridad de un pueblo con respecto á otro, les haya sido enseñada por los musulmanes. Sépase que es un acto religioso respetar las creencias ajenas, y no emplear la violencia para hacer seguir á nadie creencias determinadas.» (El presbítero Michou, *Viaje religioso á Oriente.*)

adoptar su lengua, fué sobre todo porque sus nuevos conquistadores se mostraron más equitativos que sus antiguos dueños, y porque la religión de los primeros era mucho más sencilla que la que hasta entonces les enseñaran. Una de las cosas mejor demostradas por la historia es que una religión no se impone jamás por la fuerza. Cuando los Arabes de España fueron vencidos por los cristianos, prefirieron todos dejarse expulsar y matar á cambiar de culto.

Lejos, pues, de haberse impuesto por la fuerza, el Corán no se propagó más que por la persuasión; siendo también evidente que sólo ésta podía determinar á adoptarlo á los pueblos que como los Turcos y Mogoles vencieron más adelante á los Arabes. En la India, donde los Arabes no hicieron verdaderamente más que llegar y marcharse, el Corán está tan extendido, que cuenta más de cincuenta millones de sectarios, cuyo número aumenta cada día; pues aunque los ingleses sean soberanos del país, y

MONEDAS ÁRABES



tengan en él un verdadero ejército de misioneros, destinados á convertir á los mahometanos al cristianismo, no se sabe que lo hayan logrado positivamente de uno solo.

La difusión del Corán en China no ha sido menos considerable; y en otro capítulo veremos cuán rápida fué allí la difusión del mahometismo; cómo á pesar de que los Arabes no conquistaron nunca un solo palmo del territorio, los mahometanos componen ya una población de más de veinte millones de individuos.

La inculpación de fatalismo atribuida á la religión del profeta es tan insubsistente como las demás que ya hemos refutado; no habiendo nada en las citas que he extractado del Corán, que no se halle en los demás libros religiosos, por ejemplo, la Biblia. Lo mismo los teólogos que los filósofos, y particularmente Lutero, reconocen que el curso de las cosas es invariable. «Contra el libre albedrío están todos los testimonios de las Sagradas Escrituras, escribe el poderoso fundador de la Reforma; y no sólo

esos testimonios son innumerables, sino que constituyen por completo la Sagrada Escritura.»

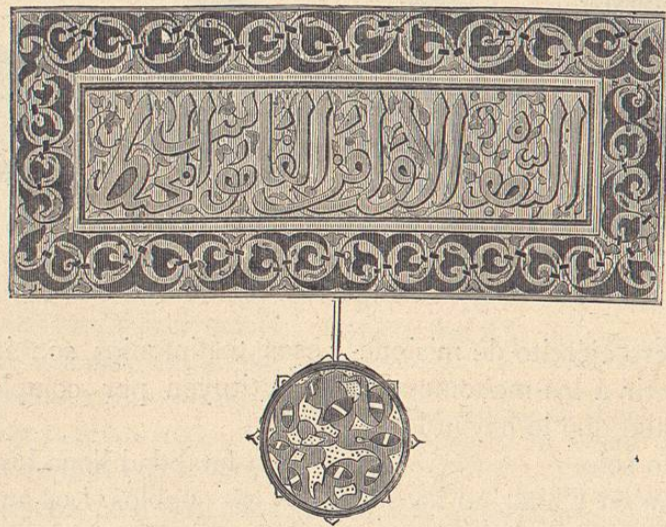
La fatalidad llena los libros religiosos de todos los pueblos. Los antiguos la llamaron destino, y la colocaron en la cúspide de las cosas, como una potencia absoluta á la cual debían obedecer dioses y hombres, considerando que los acontecimientos por ella trazados no podían menos de cumplirse. En vano procura Edipo contrarrestar el oráculo que le profetizó que mataría á su padre y se casaría con su madre; Edipo no puede escaparse de la fatalidad inexorable.

Mahoma, pues, no se ha mostrado más fatalista que los fundadores de los cultos que le habían precedido, y añadiré que no se ha mostrado más fatalista que los sabios modernos que admiten con Laplace, siguiendo ya una idea emitida por Leibnitz, «que una inteligencia que, por un instante determinado, conociese todas las fuerzas de que la naturaleza está ani-

mada, y la situación respectiva de los seres que la componen, si llegase á ser bastante vasta para someter estos antecedentes al análisis, abarcaría en la misma fórmula los movimientos de los mayores cuerpos del universo, así como los de los más leves átomos. Entonces nada sería incierto para aquella inteligencia, la cual tendría á la vista tanto el porvenir como el pasado.»

El fatalismo oriental que compone el fondo

de la filosofía de los Arabes, y de muchos pensadores modernos que han estudiado las cosas por el lado contrario, es una especie de resignación tranquila que enseña al hombre á sufrir sin vanas recriminaciones los decretos del hado; y más bien deriva del carácter que de las creencias. Mucho antes de Mahoma los Arabes ya eran fatalistas, y esa concepción de las cosas fué tan extraña á su grandeza como á su decadencia.



CAPITULO III

LAS CONQUISTAS DE LOS ARABES

I

EL MUNDO EN LA ÉPOCA DE MAHOMA

Cuando el profeta murió, dos grandes potencias ocupaban el mundo conocido: era la primera el imperio romano de Oriente, el cual

desde Constantinopla dominaba en el mediodía de Europa, en el Asia anterior y en el norte de Africa desde Egipto hasta el Océano Atlántico; la segunda era el imperio de los Persas, cuyo poderío se extendía hasta límites muy lejanos en Asia. En cuanto á Europa, el Norte y el Occi-



Moneda del califa Raddy, 328 de la hégira (933 de J. C.)



Moneda del Sultán Saladino, acuñada en Damasco el año 583 de la hégira (1187 de J. C.). En el reverso lleva el nombre del califa abbasida de Bagdad.



Monedas del califa el Melek-el-Kamel, de principios del siglo XIII. En el reverso llevan el nombre del califa abbasida de Bagdad.



Monedas de oro del califa fatimita Mos-tanser, 442 y 465 de la hégira (1050 y 1072 de J. C.)



Otra moneda de Saladino



Moneda del Sultán Beybars

dente eran presa de los Bárbaros, quienes vivían en la anarquía, disputándose los despojos de los Romanos.

Postrado por sus luchas con los Persas, y por las numerosas causas de disolución que le eran naturales, el imperio de Oriente se hallaba en completa decadencia; y aunque todavía era un coloso, estaba tan minado, que un soplo podía derribarlo.

Extenuado también por sus luchas seculares con el imperio de Oriente, el de los Persas presentaba asimismo síntomas de gran decadencia.

Egipto y Africa sufrían también con mucho cansancio la pesada dominación de sus señores; pues si Constantinopla seguía explotando á los

pueblos, no los gobernaba ya, y las luchas religiosas y las perpetuas exacciones del gobierno habían llegado á arruinar del todo al país.

No era mejor la situación de Europa. Aquella España, que bajo el dominio árabe, debía ser un imperio tan brillante, pertenecía á los Visigodos cristianos, quienes, si eran aptos para conquistar, se habían mostrado impotentes para civilizar; y como sus disidencias religiosas les obligaron á implorar el apoyo del emperador de Oriente, sus amigos de un día se trasformaron luego en enemigos á quienes les fué necesario combatir.

En Italia, Roma había perdido su antiguo prestigio, despreciándose el nombre romano en todas partes; de modo que la ciudad eterna de-